

siste á mis deseos.—Tu llamastes en tu favor al que formé los mundos de la nada: yo cuento con el indómito valor de mis guerreros.—Si Dios te ayuda á tí, tiempo hace pardiez! que el demonio guia mis pasos en la tierra.

Y relámpagos sin cuento, y añosas encinas y corrientes impetuosas se oponen á su paso.

Adelante, mis bravos campeones, adelante valientes adalides; adelante, hijos del rayo.

Y salvan zanjás, y cruzan torrentes y llegan por fin á los umbrales del miserable albergue.

—Cerca nos hallamos, con estertórea voz esclama el conde.

Y un sordo rumor de loca satisfacción percíbese en torno.

—Los gemidos de los moribundos mézclense con el horrisono fragor del trueno.—No quede en vuestras almas ni un soplo de compasión: ni un átomo de lástima se anide en vuestros pechos: arrancad vuestros corazones antes que las legiónas alcancen á enternecerlos.—Llegamos ya.

Y desmontando silenciosamente treparon por las escalas, descendieron al jardín y arrancaron las férreas rejas, combatidas por los fuertes golpes de las pesadas mazas.

—Si dentro de una hora mi pendon no ondea triunfante en la cúspide de esa casucha, mañana vuestros cuerpos colgados en las almenas de mi castillo, servirán de pasto ¡vive Dios! á las aves carniceras.—Ya que las súplicas fueron inútiles, hechicera vieja, la fuerza alcanzará lo que deseo.—La muerte, dijiste, aguardarás serena: ya que á Dios invocaste, acuda El en tu apoyo.

La guerrera turba lanzóse dentro, cual nube impulsada por recio aquilon: á los pocos momentos la inocente jóven por quien suspiraba el valeroso conde yacia desmayada en sus brazos.

—Adelante ahora, mis lebreles; sembrad dó quier el espanto: el mundo entero retiemble á vuestro aspecto.

Hasta las heces apuraron la copa de la impura bacanal: nada se respetó y montaron de nuevo en sus corceles.

La tempestad amenazaba desplomarse sobre la naturaleza entera.

¿Y quien sabe?—acaso el Eterno lanzaba con ella su anatema sobre la frente del que se habia atrevido á sentar su abominable planta en la

casa del Señor para convertirla en lugar de maldición.

TEODORO DE MENA.

(Se continuará.)

AMOR SIN ESPERANZA.

Hay una púdica virgen
tan rica de perfecciones
que ni rival en los ángeles
ni en las mugeres conoce.

Y á esa muger, á esa virgen
tributa en silencio un hombre
en el santuario del alma
timidas adoraciones.

Ese hombre triste poeta
del amor y los dolores,
de su adoracion profunda
la santidad reconoce.

Mas nunca al objeto amado
revelará esos amores
idólatras que en el fondo
de su corazón esconde.

Que á veces el hombre debe
sus sentimientos mas nobles
ahogarlos dentro del pecho
aun que al ahogarlos le ahoguen.

Pobre poeta!.. El camino
que solitario recorre
espinas tiene en el centro
y abismos tiene á los bordes.

Por eso evita que el ángel
de sus eusueños asocie
su destino á otro destino
que infortunado le torne.

Por eso abatido y triste
sin otro ser que le apoye
vá por el mundo, aun que teme
que sus fuerzas le abandonen.

Oh! no arranqueis sus secretos
á los tristes corazones
que sus secretos adoran
por mas que la paz os roben.

Oh! no escijais al poeta
que os revele el dulce nombre
de la virgen á quien ama
sin esperanza, sin goces...

